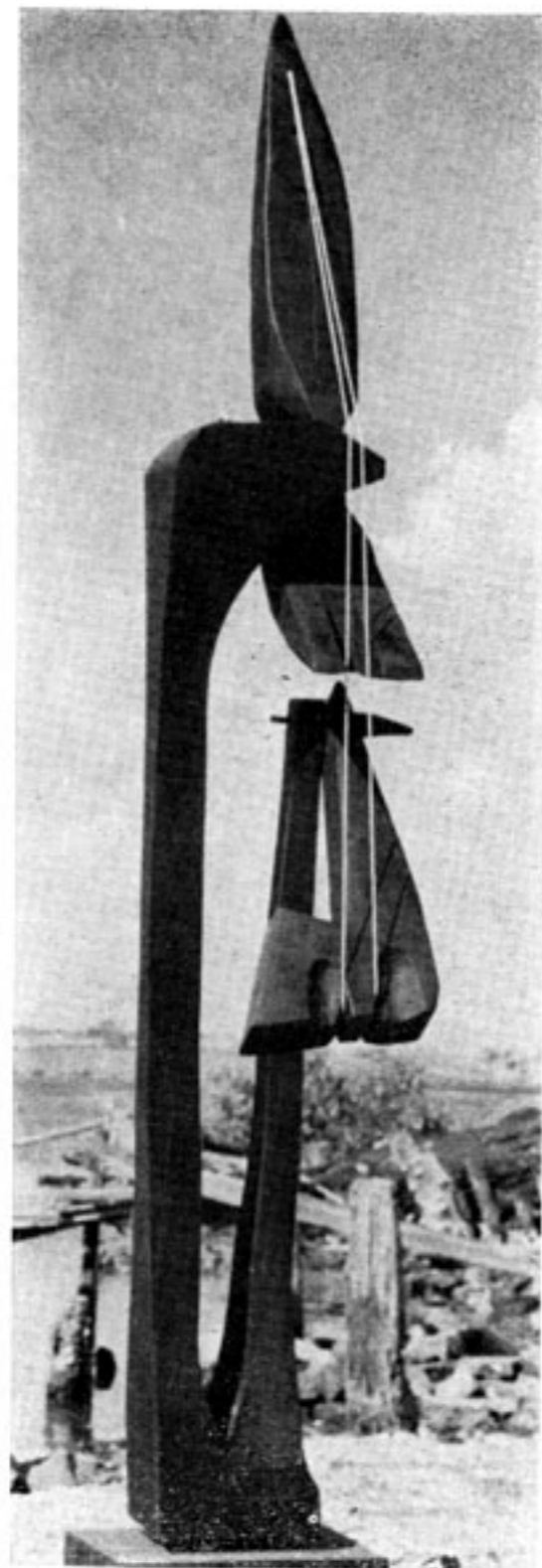


QUIJADA DE
TIBURON



ANTILLANA

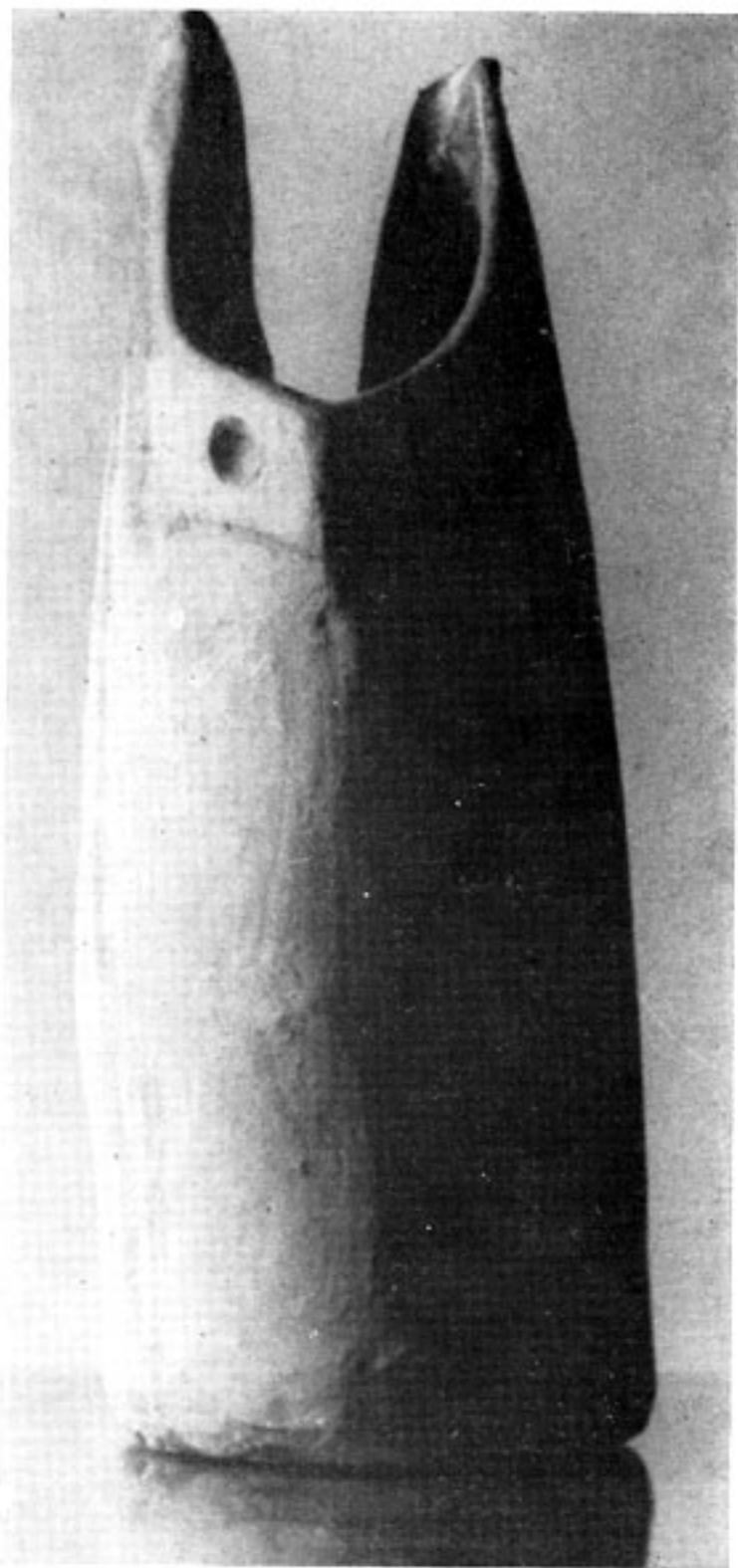
Jamás una exposición personal. (Las que se dieron en Cienfuegos fueron auspiciadas por nosotros: traíamos los cuadros de La Habana. Así se conocieron en la ciudad los mejores óleos de la pintura nacional.)

Mateo Torriente, en la soledad provinciana, trabajó. En el silencio total trabajó, tras las formas marinas en las playas: cienfuegueras, caracoles, hipocampos, peces... Y con los elementos campesinos: arados, güirras, instrumentos musicales... De espaldas a la propaganda y a toda suerte de gloriola periodiquera o capilleril.

Ha sido el suyo un ejemplo de constancia y de fuego artístico, buscando el estilo cubano que sentía con mayor fuerza. Dominado por una gran sencillez, por una provechosa ausencia de la oratoria del barro o la piedra y de la panacea del modelado dulcineo.



LECHUZA



CONEJO



SILBATO



LECHUZA

En 1941, tras años de angustioso desempleo, Mateo Torriente fue nombrado profesor de Artes Plásticas para edad escolar en la Escuela Experimental de Cienfuegos, la que tan valiosos frutos habría de cosechar, dirigida por la eficiente pedagoga María de los Angeles Períú. Fue el suyo el primer taller de artes plásticas en la Escuela Pública cubana. Consistía en un taller de arte libre. Los muchachos modelaban, tallaban, grababan, pintaban y efectuaban labores de artesanía. Salían en excursiones al campo para estudiar, gozándola, a la naturaleza criolla. Allí reveló una de sus máximas características: la de educador, de formador de artistas. Su maestría en ello es incomparable. Debido a sus dotes educativas fue comisionado por la Dirección Provincial de Las Villas, para estudiar en Europa el dibujo en todas sus manifestaciones con vistas a su aplicación a los nuevos planes confeccionados en Cuba con respecto a la enseñanza del dibujo.



MAQUETA PARA EL BALCON DEL PALACIO DE BELLAS ARTES

Actualmente dirige Torriente, con todo acierto, la Escuela-Taller de Artes Plásticas de Cienfuegos.

Paralela a sus actividades como singular educador, se continuaba su obra antillana. Y así surgieron sus estrellas, sus rayas, sus rastras, quijadas de tiburón, cobos, cornamusas, gallos, alcatraces, treses y güiros. Y el albo balcón, construido con instrumentos musicales cubanos, que ostenta la fachada del Palacio de Bellas Artes de La Habana. En el ínterin, Torriente efectuaba viajes. En 1946, visitó varios países de Europa. Con el escultor Harry Elstron, trabajó en Bélgica la terracota. Desde entonces cuece el barro para sus esculturas. En los tejares de Cienfuegos lo halla, de especial calidad. Y de allí ha surgido una excelente colección de terracotas criollas. Desde sus figuras marinas hasta la serie de los "silbatos", lechucillas, caguamas, conejos... Hasta sus jarras alfareras, tan singulares.

Afincado en las formas de su país, trabaja Mateo Torriente Bécquer. Sus figuras, sus fantasías, su estilo, le afirman la cubanía. No ha existido escultor en Cuba que haya creado una plástica así, en su criolla línea. Torriente inaugura la fantasía natural de su tierra en la escultura, afincada en lo real, dominada por la fauna marina y la flora y la luz grata de la isla. Son formas, únicas y bellas, armónicas, sencillas. Ellas arrancaron a Juan Marinello, durante una visita al estudio del escultor, el certero juicio, que copiamos para finalizar esta monografía:

"He visto con detenimiento, hoy, las últimas obras de Mateo Torriente, y por la gracia genuina e inusual de sus concepciones, no ya Cienfuegos, Cuba tiene un artista grande".

fotos/mayito y
samuel feijóo
impresión/ponciano